

DOS ESTUDIOS DE DON MARIANO BAQUERO SOBRE LA RELACION ENTRE TEATRO Y NOVELA EN EL SIGLO DE ORO

NO sólo a través de los dos artículos que ahora comentaremos, sino también en alguna que otra conversación pudimos comprobar el interés que don Mariano Baquero tenía por la relación entre el teatro y la novela en la España del XVII, por esa apasionante comunidad de tipos, situaciones, motivos y temas observable en comedias, entremeses y novelas áureas.

Su preocupación por este aspecto de la literatura española del tiempo de los Austrias cristalizó en dos trabajos publicados con 27 años de diferencia, el primero, aparecido en 1956, lleva por título «El entremés y la novela picaresca» y el segundo, de 1983, «Comedia y novela en el siglo XVII» (*). En el más lejano en el tiempo expone los vínculos que aproximan el entremés y la novela picaresca partiendo de un detenido análisis de «la presencia de una idéntica galería humana en entremeses y novelas picarescas». Se trata de inventariar una serie de figuras que pueblan la literatura del Siglo de oro y cuya presencia reiterada muestra sin lugar a dudas el gusto del público, lector o espectador, por esos tipos populares, familiares, presentes en buena medida en la literatura oral de aquel tiempo. Aunque la nómina es extensa, el profesor Baquero Goyanes, enumera y comenta cada una de estas figuras: valentones y estudiantes; soldados y venteros, los últimos son satirizados por

(*) «El entremés y la novela picaresca» en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, 1956, tomo VI, págs. 215-246. «Comedia y novela en el siglo XVII» en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, págs. 13-29.



los escritores, dramaturgos o novelistas, por medio de alusiones a la suciedad e incomodidad de las ventas, la rapacidad de sus dueños y los alimentos engañosos (*gato por liebre*) que cabe encontrar en cualquier mesón de la geografía española; la figura risible del hablador personificada en sacristanes latinizantes, culteranos ridículos, negros, vizcafnos, gitanos, etc.; el hidalgo vanidoso y pobre; el espadachín, los médicos: ignorantes, avaros y presuntuosos; retablistas y titiriteros; comediantes y poetas grotescos.

Claro es que el parentesco entre literatura entremesística y picaresca no viene dado únicamente por la comunidad de tipos y figuras, con ser este rasgo importantísimo, sino que también se observa la ligazón en los episodios creados por los escritores, muchos de los cuales fueron al tiempo autores de novelas picarescas e ingeniosos entremesistas. Asimismo, cabe encontrar «tono entremesístico en ciertas escenas de relatos del género que ahora estudiamos». Otro aspecto allegable es el de la idéntica concepción del amor: en el entremés y en la novela picaresca se contempla un amor centrado en el puro apetito carnal, un amor que no trasciende, sustituido «por el engaño conyugal, la burla erótica, el casamiento equivocado, el desequilibrio matrimonial de viejos y muchachas jóvenes...».

En el segundo artículo, bajo el amplio rótulo de «Comedia y novela en el siglo XVII», el profesor Baquero Goyanes vuelve a plantearse el emparejamiento de ambas especies literarias. Es de sobra conocido el enorme poder de encantamiento y seducción que la comedia áurea tenía sobre los espectadores de los corrales de comedias, sobre ese público, heterogéneo cultural, social e intelectualmente, que vivía de un modo apasionado aquello que veía representar en el escenario. Pues bien, en opinión del autor del artículo, es posible allegar comedia y novela en virtud de la presencia de ese poder seductor no sólo en la comedia, sino también, aunque en menor medida, en la novela del XVII. Quiere decirse que ésta participa de esa capacidad de enajenación observable en la comedia barroca. Ocurre, empero, y don Mariano Baquero lo pone de manifiesto, que a los escritores no se les ocultaba que una cosa era el lector solitario de novelas y otra el espectador de teatro, de ahí que fuera preciso utilizar distintas técnicas y distinto enfoque de la realidad según se vertebrara el tema en una estructura dramática o en una novelesca.

No obstante esta diferenciación de los destinatarios, lo cierto y verdad es que en la usualmente llamada *novela cortesana* «sus personajes más característicos coinciden en casi todo —desde la convencional onomástica hasta su modo de sentir, de actuar y de expresarse» con las *comedias de capa y espada*. Al lado de ello cabe hablar, asimismo, de la repetición de tipos, de esos estamentos sociales o profesionales, que aparecen una y otra vez en los corrales de comedias y en las páginas de las novelas: las dueñas; el príncipe que por amor se finge hortelano; la figura de la mujer disfr-



zada de hombre, figura repetida hasta la saciedad en cientos y cientos de comedias y en no pocas novelas, aunque en éstas perdiera el componente erótico indudable que tenía para el *espectador* de los corrales de comedias; los padres preocupados por el honor de sus hijas; el gracioso teatral y su equivalente novelesco del criado. En fin, el profesor Baquero Goyanes no prosigue la nómina pues resultaría demasiado prolijo, a la vez que «desproporcionado a nuestro actual propósito». Por otra parte, le interesa recordar brevemente cómo existen situaciones en las novelas del XVII fácilmente asociables a las que presentan las comedias del Siglo de Oro. Recuérdese, por ejemplo, aquélla en la que un determinado personaje urde, en virtud de su ingenio y astucia, un enredo, una maraña. También trae a colación motivos como el del *matrimonio secreto* que «se dan tan reiteradamente en las *comedias* y *novelas* del siglo XVII, que citar ejemplos equivaldría a pasar revista a la casi totalidad de nuestros narradores de la época».

Así pues, en los dos estudios que hemos glosado el profesor Baquero Goyanes enumera y analiza lúcidamente la relación entre teatro y novela en la España del Siglo de Oro, relación establecida por la presencia de unos mismos personajes topiquizados, de unas mismas situaciones, motivos y tonos perfectamente allegables. Llevar a buen término este tipo de estudio exige por parte de su autor un profundo y meditado conocimiento de nuestra literatura áurea, una dilatada experiencia como lector de nuestros clásicos y una admirable capacidad para relacionar obras y autores; en fin, un conjunto de virtudes intelectuales que don Mariano Baquero Goyanes tuvo y que todos los que nos dedicamos al estudio de nuestra literatura deseáramos poder alcanzar algún día.

